

Palabras andariegas: escritos sobre literatura y arte **de José Alcántara Almánzar**

Reseñas críticas por José V. Madera Cabán,
Sheila Barrios Rosario y María T. Miranda Santiago*

Acercamiento crítico a la primera parte de *Palabras andariegas*

José V. Madera Cabán

Palabras andariegas: escritos sobre literatura y arte se nos devela como un libro cuyo nacimiento, confeso por el autor, José Alcántara Almánzar, encierra un profundo pragmatismo. Por un lado acopia la obra dispersa del autor cuyo conjunto inscrito en la oralidad “corría el riesgo de quedar relegado”. Por otro lado, persigue la colección agolpar en apretada síntesis “una trayectoria de entrega a la educación, la investigación, la literatura y la asesoría editorial”. Es decir, el libro se convierte en un proyecto de urgencia vital para Alcántara.

En el Prólogo, además del declarado pragmatismo, se desglosa el contenido antológico del libro el cual está dividido en tres partes. Llama la atención que en la tercera trasciende el contexto nacional dominicano para examinar artistas de la palabra, la plástica y la música de España, Cuba, Puerto Rico y la diáspora dominicana en Canadá. Merece comentario aparte, la selección de escritores puertorriqueños que incluye a José Luis Méndez, Marta Aponte, Juan Antonio Ramos, Luis López Nieves, Carlos Roberto Gómez, Ángel Rosa Vélez, además del pintor santurcino Julio Suárez. El acopio testimonia el conocimiento de Alcántara sobre la producción creativa puertorriqueña contemporánea. Además, viene a darle continuidad a varios esfuerzos de examen recíproco entre los artistas puertorriqueños y dominicanos.

Esfuerzos como los que desde el aula universitaria riopedrense viene llevando a cabo Mayra Santos Febres y los encuentros que ya hace varios años vienen sosteniendo escritores de la región sur de ambas naciones caribeñas y que han encontrado espacios amigos en la Pontificia Universidad Católica, la Universidad de Puerto Rico y la Universidad Interamericana, todas en sus recintos en Ponce. Reconocimiento especial merece la campaña cultural que a tales efectos ha realizado la Casa Yaucana: Taller de Investigación y Desarrollo Cultural (TAINDEC). La afinidad de Alcántara con su isla vecina hacia el este lo lleva a dedicar esta colección a dos puertorriqueños: Emilio González Díaz y Yolanda Reyes Benítez.

La primera parte de *Palabras andariegas* recoge tres ensayos extensos dedicados a tres escritores dominicanos: el músico y poeta Manuel Rueda, el periodista y poeta Freddy Gastón Arce y la historiadora de pintura nacional e importante figura de la narrativa contemporánea Jeannette Miller. Sobre el primero, en una viñeta biográfica nos acerca a la figura compartida de música y poesía de un Manuel Rueda cuya estadía desde niño en Chile como estudiante de piano, lo pone en contacto con la poesía inmensa del país sudamericano. Neruda no se le escapa aunque se refugia en Vicente Huidobro, su mentor y guía en el arte del verso. La

fusión entre verso y música llevó al eminente pianista dominicano, desde el criterio de Alcántara, a preferir la modalidad de la canción lírica de origen germano por encima de los virtuosismos formales del Barroco o de la modernidad misma. Su regreso a Santo Domingo con cerca de 30 años lo llevó a consagrarse como el gran artista musical nacional con presentaciones en solos o acompañamientos a través de todo el país y fuera del mismo. Reconoce su labor pedagógica y la creación de legislación para impulsar un currículo de educación musical.

En el “Intermezzo, el artista en su hogar”, Alcántara nos retrata al Manuel Rueda íntimo, al comensal, al viajero; su afinidad por Puerto Rico en donde vivían sus hijos de crianza. Más tarde, en la siguiente parte del texto, comenta sobre aspectos relacionados al complejo temperamento del artista. Su admiración por el amigo lo lleva al manejo eufemístico: “sus pequeñas guerras”, el “comentario vitriólico”, la “escasa paciencia” (pp.34-35). En “Los adioses, sonata de otoño” (1983-1999) se relata, como supone el título, la última etapa de su vida, en múltiples momentos muy dolorosas. En esta sección se acopia su producción literaria y cómo con su propuesta de una visión nacional de negritud y crítica política estremece a un sector de la nación. Nos parece oportuno comentar que con su obra poética *Las metamorfosis de Makandal* se instala el autor en la tradición recogida, a nuestro juicio, con más presencia en la narrativa caribeña por Alejo Carpentier en Cuba y Carmelo Rodríguez Torres en Puerto Rico, nombres emblemáticos en cada Antilla. Makandal se construye como

mito, como símbolo de la negritud antillana, de nuestra mulatez caribeña. Culmina el texto de Alcántara con la muerte de Rueda en 1999.

El segundo ensayo, “Freddy Gastón Arce, entre la creación poética y la palabra de combate” adelanta con el título los enfoques o acercamientos que hará nuestro autor al gran poeta dominicano. Merece la pena que nos aproximemos a dos partes del texto. En primer término, la ubicación de Gastón dentro de la poesía sorprendida dominicana cuyas preocupaciones existenciales recogidas en el discurso poético de esta corriente y su propuesta nacional y universalista tienen concomitancias, apenas exploradas por la crítica, con dos periodos de la poesía caribeña en Puerto Rico y en Cuba para la misma década de los 40 del siglo XX. Nos referimos al Trascendentalismo poético, llamado así en ambas Antillas. Sin duda, en el Caribe se estaba dando una corriente literaria afín en la cual cohabitaban el examen de valores de un nuevo orden político y social, la degradación social ya era evidente y temas como Dios, el tiempo, la tierra, amor se consolidaban como nortes para una propuesta de trascendencia a la materialidad inmediata. De hecho, Alcántara identifica los detonantes que en la política y desarrollo social internacionales promueven la nueva sensibilidad poética y son similares a los que la crítica literaria puertorriqueña ha identificado como ejes circunstanciales para esa corriente poética en Puerto Rico. Esa búsqueda de lo metafísico de Gastón tiene diálogos estrechos con la producción de Francisco Matos Paoli, Francisco Lluch Mora, Félix Franco

Oppenheimer, Ramón Zapata Acosta, y en lo social con Jorge Luis Morales, entre otros poetas de este ciclo de la poesía nacional puertorriqueña. El tema amerita atención crítica aguda. Esa preocupación por un examen de los valores sociales en la poesía de Gastón tiene su extrapolación textual en su ejecución como periodista.

No debe escapar de estas breves notas la intertextualidad reconocida tangencialmente en el texto entre Gastón y Manuel Rueda. Incluso el segundo prologó al primero, y las tertulias compartidas tanto en sus respectivos hogares como en otros espacios testimonian una relación de correspondencias literarias.

El tercer y último ensayo lleva como título “Jeannette Miller, la rebelde amorosa”. Este texto fue leído en el otorgamiento del Premio Nacional de Literatura 2011 a la prolífera escritora dominicana que se convertía así en apenas la tercera mujer en recibir este galardón en su país. Otra vez se recurre a la intertextualidad de Manuel Rueda, quien la denominó como la “rebelde amorosa”. En la recuperación de la figura paterna de la autora, Fredy Miller, y la influencia literaria de éste, aprovecha Alcántara para denunciar la barbarie trujillista y cómo posiblemente Fredy Miller fue víctima de su dictadura.

Como miembro de la Generación del 60, Jeannette Miller centró parte de su discurso literario en la exploración del sujeto femenino. Recordemos que esa misma tendencia se daba en Puerto Rico y otras literaturas nacionales. Unos años más tarde y luego paralelamente, la narrativa y la poesía puertorriqueñas escritas por mujeres abordaban la

subjetividad femenina como todavía lo hacen. Desde los proyectos editoriales de *Zona de carga y descarga*, la literatura de Mayra Montero, Mayra Santos, y escritoras jóvenes de las nuevas promociones nacionales tanto en la República Dominicana como en Puerto Rico y desde la revista *El Sótano 00931*, por ejemplo, una vez más vemos correspondencias histórico-literarias entre ambas literaturas.

Esa continuidad dialógica sigue su marcha con la presentación de *Palabras andariegas*. Estrecha el encuentro, una vez más, los inevitables espacios compartidos entre dominicanos y puertorriqueños. Y adelanta que todavía quedan unos espacios inexplorados en donde ambas historias literarias convergen y que piden la atención crítica correspondiente. Con esta publicación se echa a caminar parte de ese proyecto necesario.

Hacia una lectura crítica de *Palabras andariegas* de José Alcántara Almánzar

Sheila Barrios Rosario

La segunda parte del libro *Palabras andariegas: escritos sobre literatura y arte* es un homenaje a selectos autores y una manera de rescatar obras literarias y artísticas muy importantes. Desde su gestión como Director del Departamento Cultural del Banco Central de la República Dominicana, Alcántara se ha encargado de darles voz y vida a autores de siempre, a nuevos autores y a obras que permanecieron inéditas u otras que habían pasado inadvertidas por la crítica. En este libro de ensayos, cuyo título me parece sumamente sugestivo, *Palabras andariegas*, el autor presenta la

motivación mayor para recoger estas palabras que nacieron para leerse primero; pero que luego llenaron las páginas del libro. Así en el prólogo señala: “En esas funciones he podido seguir en contacto con la literatura (que ha sido mi razón de ser durante más de cuarenta años)...” (p. 14) Igualmente, como director de esa división, Alcántara le ha dado espacio a muchos que comparten el amor a las artes en general.

Con una cita de William Faulkner, quien evidentemente ha impactado la creación literaria de muchos escritores, Alcántara nos invita a adentrarnos en esta segunda parte: “La escritura es la relación del escritor con su propio corazón.” (p. 67) Y esa relación es precisamente lo que provoca en el lector un vínculo especial con cada uno de estos ensayos. El autor de *Palabras andariegas* reflexiona sobre las obras literarias y artísticas de reconocidas personalidades dominicanas o de aquéllos que han hecho de República Dominicana su residencia, en fin, su hogar. Son múltiples las miradas o acercamientos a los ensayos, pero lo más importante es despertar el interés del lector para que sea cómplice de estas palabras. La identidad, la memoria histórica y literaria, así como, los testimonios que ayudan a armar esa historia de los pueblos, son los temas que definitivamente, le dan cohesión a los ensayos de la segunda parte.

El ensayo que abre esta segunda parte se titula “Historia secreta de un Makandal de Manuel Rueda”. Alcántara se traslada al 1997, cuando se interesó en publicarle una obra al insigne poeta y

músico dominicano. Éste le entrega un manuscrito inédito titulado “La metamorfosis de Makandal”, nombre que nos recuerda al personaje central, figura heroica y mágica de la novela *El Reino de este mundo* del cubano Alejo Carpentier. Alcántara resalta del texto de Rueda la aportación al tema de la identidad dominicana, pero a través del componente étnico negro, tema que aún no se ha tratado en la literatura con la relevancia que requiere en nuestros países caribeños. Dato curioso e importante que reafirma la calidad crítica del autor de *Palabras andariegas* es que Rueda le dio libertad para que en el texto omitiera una parte que entendía lo podía comprometer como Director de Cultura del Banco Central. Alcántara le respondió, haciéndose eco de las palabras del poeta dominicano Héctor Echáustegui: “...en este país hasta la censura no lee.” (p. 70) Me parece que el ensayo es un homenaje al autor y a una obra que abona a los estudios sobre la identidad dominicana a partir del componente racial negro.

El lector tiene la oportunidad de acercarse a una de las escritoras dominicanas más importantes del siglo XX y de la Generación del 60: Jeanette Miller en el ensayo *Textos de arte, literatura e identidad*. Afirma Alcántara: “Jeanette Miller es una voz poética representativa de aquella generación contestataria surgida a la muerte de Trujillo...” (p. 83) En este ensayo, el autor reseña brevemente el libro de Miller, *Textos sobre arte, literatura e identidad*, publicado por el Banco Central de la República Dominicana en el 2009, el que contiene doce ensayos sobre las artes visuales y

sobre la literatura y la presencia de la mujer en la cultura dominicana. Existe un tema que se desplaza a través de los doce ensayos: identidad como sinónimo de dominicanidad. No sólo Miller es una gran ensayista, sino que ha explorado el género de la novela y me parece que se adentra con paso firme.

Otro grupo de ensayos tiene en común un tema que igualmente llama nuestra atención como lectores. Me refiero a la literatura. Un ejemplo es la relectura de Juan Bosch a partir de la recopilación de estudios sobre el autor y su obra en un volumen titulado *Dos coloquios sobre la obra de Juan Bosch*. Este libro es el resultado de dos coloquios que se llevaron a cabo en el 2009, conmemorando el natalicio del insigne escritor dominicano. Precisamente, éste es el que Alcántara reseña en este ensayo y lleva el mismo título del texto citado anteriormente. El ensayo motiva a conocer de una manera más profunda a Bosch y a valorar su obra como eje fundamental de la literatura dominicana del siglo XX.

En “Arquímides y el Jefe y otros cuentos de la era” igualmente el lector se encuentra ante uno de los escritores dominicanos más representativos de la Generación del 60. Me refiero a Armando Almánzar. La reimpresión del texto que lleva el mismo nombre del ensayo de Alcántara, es lo que motiva este ensayo. Además, el mismo abona a los estudios que muchos autores han realizado sobre el tema de la dictadura de Rafael L. Trujillo en la literatura. El título del ensayo evoca el libro de cuentos de Armando Almánzar y recoge algunas de las tantas historias sobre la Era.

Por otro lado, el género epistolar resurge en medio de nuestra convulsa revolución tecnológica del siglo XXI. Alcántara reunió un grupo de cartas bajo el título *Cartas a Silveria*. Las mismas fueron el resultado del intercambio entre el crítico e intelectual dominicano, Emilio Rodríguez Demorizi y su esposa Silveria, cuando eran novios. Estas cartas que permanecieron inéditas cobran vida literaria en una publicación que data del 2007 y cuya reseña aparece en este ensayo que lleva el mismo título, “Cartas a Silveria.”

También en este libro hay espacio para la narrativa actual de jóvenes talentosos. Uno de éstos es el ensayo *Amoricidio*, donde Alcántara reseña brevemente la colección de relatos que lleva el mismo título y cuyo autor es Rey Emanuel Andújar, dominicano residente en Puerto Rico. A juicio de Alcántara, este joven escritor tiene vocación y talento de cuentista: “Un cuentista de garra se reconoce al instante en cuanto entramos en contacto con su obra narrativa, y Rey Emanuel Andújar lo es...” (p. 94) Me parece que este joven escritor entra por la puerta ancha cuando un crítico literario y cuentista de la valía de Alcántara hace estas expresiones.

La investigación y el homenaje a la crítica literaria encuentran su espacio en dos ensayos: Uno es *La novela dominicana 1980-2009*, en donde se reseña el libro que lleva el mismo título, de Avelino Stanley; el otro, es *Crítica para tiempos de poco fervor* inspirado también en el libro de Néstor Rodríguez. Con una mirada crítica y aguda, Alcántara celebra junto a Stanley y Rodríguez estas obras que arrojan luz

sobre la literatura dominicana y llenan páginas que permanecieron vacías por décadas. En mi carácter personal, me parece que el texto de Stanley es una excelente aportación a la historia literaria de la novela dominicana, puesto que el investigador se encontraba sin referentes, específicamente, a partir de la década de los ochenta del siglo XX. Salvo los esfuerzos importantes de Bruno Rosario Candelier, Giovanni Di Pietro y Miguel Collado, al investigador se le hacía difícil reconstruir la historia de la novela dominicana en ciertos periodos. Conozco el libro de Stanley y mediante este ensayo de Alcántara se le da el lugar que merece a este estudioso y crítico dominicano.

Para finalizar, Alcántara reafirma su aprecio a las artes visuales, las artes plásticas, las artes musicales y a la historia cuando le dedica varios ensayos como *Pieza del mes 2007*, *Tureiro*, *areyto de la tierra y el cielo*, *Testimonios de un director de orquesta y Museo de las Casas Reales: apuntes de un recorrido*. En cada uno de los ellos, Alcántara presenta los espacios artísticos, los museos y las obras arquitectónicas, que igualmente se convierten en testigos de una memoria y que también arman la historia de los pueblos.

En *Palabras andariegas* hay temas variados para complacer los gustos de una diversidad de lectores. Así que a través de ensayos breves, con una prosa sencilla, pero muy bien articulada, Alcántara nos invita a conocer el maravilloso mundo caribeño acercándonos a la literatura y al arte dominicanos. Igualmente, nos hace

reflexionar sobre la memoria histórica del Caribe en su vasta extensión. Esta segunda parte es sin duda un homenaje a la vida y a la obra de personalidades que han ayudado a forjar esa memoria. Las palabras que corrían el riesgo de permanecer dispersas cobran vida a través de la literatura y del arte. La cita del poeta mexicano Alfonso Reyes acerca de la escritura me parece muy oportuna y es mi homenaje al texto de Alcántara: “Escribo: eso es todo. Escribo conforme voy viviendo. Escribo como parte de mi economía natural. Después, las cuartillas se clasifican en libros, imponiéndoles un orden objetivo, impersonal, artístico, o sea, artificial. Pero el trabajo mana de mí en un flujo no diferenciado y continuo.”

El sujeto caribeño en la tercera parte de *Palabras andariegas* de José Alcántara Almánzar

María Teresa Miranda

Las palabras son el camino que nos lleva al umbral de toda experiencia humana. Es justo lo que hace José Alcántara Almánzar en sus *Palabras andariegas*, particularmente en la tercera parte del libro.

Esta última sección, como las dos anteriores, está dedicada a un grupo de autores, músicos y artistas plásticos de diferentes lugares, especialmente puertorriqueños, cuyas obras, según anuncia el prólogo, están vinculadas a la República Dominicana.

El dique con el que Alcántara Almánzar intenta contener la naturaleza creativa de su obra se agrieta desde el

epígrafe de la escritora brasileña Nélide Piñón, que abre esta tercera parte, y cito: “La literatura se amarra al ser y lo salva”. (p.117) La mirada a los autores seleccionados en esta sección (y en el libro en general) nos permite ver bocetos variados de la subjetividad moderna que el autor evalúa, para desmontar su ensamblaje desde ejemplos de la literatura, la música y el arte. En los ensayos de la tercera parte, la construcción de los sujetos se observa desde la mirada compleja de los productores de arte en diferentes latitudes, pero, como explica el prólogo, han estado vinculados a la República Dominicana y al Caribe de distintas formas.

En el estudio de Carlos Thiebaud, titulado: *La construcción del sujeto: entre la filosofía y la literatura* (1994) éste establece que la construcción de la subjetividad de los personajes literarios (que puede aplicarse también a las imágenes artísticas y a los contenidos musicales) se relaciona con la creación de una “identidad moderna”, para que el lector: “pueda saber cosas que no pueden ser dichas en forma directa, o que no pueden ser dichas, sino mostradas, en el ejercicio de determinada mirada, de cierta actitud” (pp.203-204). La literatura, entonces, nos salva de ser sujetos en fuga, cuya experiencia y memoria se desdibujan con la inmediatez del paso del tiempo.

El primer caso que aparece en esta tercera sección es el de la escritora catalana Rosa Regás. Para Alcántara Almánzar, la literatura española es (y cito): “piedra fundacional” de la literatura dominicana. Y ésta, después de los horrores de la guerra, dio muestras de ser una literatura emergente, alentadora,

etc. La obra de Regás ilustra, según el autor, la óptica de una mujer que ha viajado mucho y posee una visión antropológica y social a tono con la experiencia de otras culturas. Las novelas de Regás están pobladas de personajes psicológicamente complejos, que han tenido que huir al exilio, que rompen sus lazos afectivos, que sufren estratificación social, persecuciones, censura política y familiar, que pueden ser sórdidos, neuróticos o ambivalentes en su visión de mundo, pero apasionados algunas veces, inteligentes y con afán de vencer sus miedos y convertirse en seres felices. En casi todas las obras citadas, la subjetividad infantil se proyecta como una ruptura con la acritud y el orden absurdos. Los niños y algunas de las mujeres se convierten en los personajes a través de los cuales Regás reconstruye una memoria valiosísima de las emociones y el drama interior de una subjetividad moderna conflictiva. Alcántara nos invita a leer tales novelas de Regás.

El segundo autor reseñado en la tercera parte es José Luis Méndez, figura cimera de los estudios sociológicos en Puerto Rico, por su libro *Hostos y las ciencias sociales* (2003). Al revisar el texto de Méndez, Alcántara destaca las virtudes pedagógicas de Hostos, su compromiso con la transformación revolucionaria de las Antillas y del mundo, donde: “la ciencia y la educación serían las forjadoras de un nuevo orden” (cierro la cita) para que la sociedad fuera más justa e inteligente política, social y económicamente. (p.134) Esta sección presenta sutilmente la manera en que Alcántara privilegia la construcción de un sujeto educado, empoderado, particularmente en El Caribe y en América Latina. Para

Alcántara, la virtud que tienen entonces éste y otros libros de Méndez, es la recuperación del modelo de lo que debe ser un educador: En palabras de María Gracia: “La tarea del educador consiste en crear las condiciones para que los sectores populares con los que trabaja, sean sujetos del poder.” (Gracia, 2003)

Con motivo de la Feria del Libro de Santo Domingo del 2004, Alcántara reseña la obra de otra escritora puertorriqueña, Marta Aponte Alsina. Alcántara observa en esta sección de *Palabras andariegas* las pulsiones creativas de Aponte Alsina y destaca cómo, indirectamente, la subjetividad contemporánea cobra sustancia: tenebrosa pero humana y adecuada a nuestra convulsa vida actual. El autor señala la parodia de Aponte Alsina sobre la novela rosa; su tratamiento actualizado del binomio Hombre/Mujer, donde se presentan, libre de tabúes, el poder machista, el paternalismo, la infancia caótica, el aborto, el incesto, el lesbianismo y hasta el vampirismo, en tono chispeante y a veces humorístico. La obra de Aponte Alsina se presenta, en palabras de Walter Mignolo, como una reproducción mimética de lo que vive el ser en la cultura.

El cuarto autor de la tercera sección también es puertorriqueño, Juan Antonio Ramos. Alcántara reseña impecablemente *El libro de la rabia*, del citado autor. Lo inserta en la corriente intertextual, al encontrar visos de *El extranjero*, de Albert Camus y de la obra de Guillermo Cabrera Infante. Sin embargo, lo que salta a claras luces es la descripción que hace Alcántara sobre la

sociedad puertorriqueña plasmada en el *Libro de la Rabia*: “una sociedad en la que han quedado atrás muchos sueños y aspiraciones colectivas y que se halla atrapada en una posmodernidad azarosa y desintegradora...” (p.144). El facsímil que hace del sujeto que puebla Puerto Rico en nuestros días es el de seres consumistas, despersonalizados, agobiados por los medios de comunicación, el crimen, el abandono, las relaciones disfuncionales y la mediocridad. Alcántara le otorga un merecido reconocimiento a Juan Antonio Ramos por este boceto de nuestra subjetividad.

Al pasar al siguiente autor, Luis López Nieves, Alcántara privilegia una vez más la importancia de que los puertorriqueños resguardemos la Historia. Señala que *Seva*, del citado autor, es la primera ficción de la cultura antillana contemporánea que provoca una reacción masiva en el plano de lo real. Cita las obras de Luis López Nieves y destaca que en *Seva*, *El corazón de Voltaire*, *El silencio de Galileo* y otros cuentos del autor, como en *La verdad de las mentiras* (o en *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa), la literatura puede sacudir la Historial oficial y presentar versiones nuevas de ésta, aquello que habría ocurrido si los sucesos hubieran sido diferentes. Alcántara considera a López Nieves como uno de los grandes renovadores de las letras y de la historiografía puertorriqueña. Destaca, igualmente, la madurez de nuestros escritores y el propósito implícito de construir una subjetividad intelectual más a tono con la realidad histórica puertorriqueña.

Según Alcántara, “las palabras andariegas” saltan, además, de los versos de uno de los poetas más representativos de la generación del 80: Carlos Roberto Gómez Beras. Alcántara lo presenta como una voz solidaria en el quehacer cultural antillano. Destaca el alto nivel intelectual de la poesía de Gómez Beras, así como la construcción de un sujeto lírico insertado en el mundo actual, frente al paradigma de lo femenino: “Lo que se intenta aquí es convertir la piel de la mujer en un territorio de signos en el que se pueda escribir la historia de un corazón atribulado por la nostalgia y las visiones del cuerpo añorado”. (p.154) La mujer se convierte en un ser cuya relación con el hombre es fallida y en donde el recuerdo sustituye la experiencia original. Alcántara equipara la poesía de Gómez Beras a la de grandes poetas latinoamericanos y le sugiere que continúe escribiendo, para que sus versos salgan al encuentro de sus lectores necesarios, mientras continúa promocionando escritores jóvenes y textos marginales desde la Editorial Isla Negra, la cual dirige, en una gesta que hace historia en la región.

Otro escritor del patio que reseña Alcántara es a Ángel Rosa Vélez, por su novela: *El lugar de los misterios*, obra que presenta las creencias y las prácticas religiosas de la comunidad evangélica (y también de la católica) en Puerto Rico. Al describir las situaciones del predicador protagonista, nos percatamos de que este vive la instantánea que presenta Rosa Vélez en la novela sobre la desigualdad social, los estereotipos de la ignorancia, las etnias (blancos, mulatos y negros), pero, más que nada, el perfil humano que traza una subjetividad espiritual y moral de los puertorriqueños: las pasiones, las

tentaciones, la voluntad para obrar bien y trascender, la creación artística, los ayunos, la contrición y el culto religioso, entre otros matices de lo que verdaderamente es el sujeto puertorriqueño y el antillano.

De igual forma, la tercera sección del libro reseña el trabajo de la compositora Margarita Luna. Esta pianista sigue la tradición musical romántica de su país, junto a un grupo selecto de compositores dominicanos. Para Alcántara, la música de Luna representa las transformaciones que vivió la República Dominicana en el Siglo XX: las rupturas culturales, la revolución surrealista de Bretón, Picasso y el cubismo, la música aleatoria y electrónica, los avances tecnológicos, etc. Destaca el autor que Margarita Luna gesta su obra en una época de cambios políticos, sociales y estéticos vertiginosos en su país: No obstante, a pesar del respeto a la tradición, Luna produce piezas que responden a los cambios sociales abruptos, a las mutaciones aceleradas de su tiempo, a preocupaciones intelectuales y estéticas, pero también a la construcción de una subjetividad y estilo propios.

Alcántara sugiere que Margarita Luna persiste en crear un estilo vanguardista, muy suyo, porque le interesa conservar sus recuerdos, las melodías de su infancia y la identidad de los héroes de la patria, así como las melodías de su infancia; pero además intenta que su música sea experimental, dotada de su vitalidad y genio creativo, con el toque ecléctico de autores y músicos de otras latitudes. Su estilo único parece perfilarla como la gran pianista de la isla que se repite, tomando el préstamo de Antonio Benítez Rojo.

Las últimas tres reseñas del libro son sobre los artistas plásticos Vicente Dopico Lerner, Julio Suárez y Mariano Eckert. En el caso de Dopico Lerner, pintor cubano en el exilio, es imprescindible apuntar que Alcántara lee en sus dibujos y acuarelas:

“[...] su admirable sentido plástico para convertir la figura humana en icono de la sensualidad, lo cual resulta admirable en un mundo deshumanizado donde la cosificación del cuerpo y su trivialización en desfiles de pasarela y exhibiciones de escaparate amenazan con transformar al sujeto en objeto, despojándolo de sus atributos esenciales, o sea, del sentimiento y el espíritu que perfilan su idiosincrasia [...]” (p.165)

El sujeto caribeño, entonces, aparece amalgamado, desacralizado, plasmado en composiciones provocativas, insertado en espacios laberínticos, que representan lúdicamente la búsqueda de Dopico Lerner de los misterios del subconsciente. Según Alcántara, en esta obra, los rostros son difusos, enigmáticos, impenetrables y nos permiten atisbar, aunque sin certezas, la memoria de los cuerpos y las historias que son parte de la experiencia antillana.

Con respecto a la pintura del puertorriqueño Julio Suárez, Alcántara comparte con los lectores la clave conceptual del cuadro “La huida de Wang-Fô” (Suárez, 1991): el artista caribeño aparece como un ente seducido por la creación de mundos imaginarios,

por la posibilidad de que su arte muestre su rebeldía contra las formas decantadas de la modernidad. Para Alcántara, Suárez es un pintor vanguardista, cuyo arte figurativo propone una nueva manera de transformar la realidad. Si cada reseña de *Palabras andariegas* muestra la observación detallada del sujeto caribeño, la de la obra de Suárez no es la excepción, pues, detrás de los colores y las formas, encontramos violencia, muerte, contaminación, pasión, deseo, silencio o vacío existencial. Alcántara conoció a Julio Suárez en un congreso de sociología en el que este último diseñó el afiche y opina que su obra, justamente, ilustra las transformaciones sutiles de la sociedad, que han hecho volcar también los moldes artísticos de nuestros tiempos.

Las *Palabras andariegas* acopian, como cierre, la impresión sobre las ingentes imágenes de los cuadros del pintor quisqueyano Mariano Eckert. Alcántara entiende que, a pesar de que Eckert vive desde joven en los Estados Unidos (y su estancia en prestigiosas escuelas ha contribuido al perfeccionamiento de su arte), ya tenía un estilo propio, dotado de gran armonía y equilibrio compositivo, que lo identificaban como un pintor dominicano con proyección internacional. Compara su trabajo con los grandes pintores del realismo clásico, por su apego a los cánones de la tradición universal. Los bodegones, los flamboyanes y la representación dinámica del paisaje caribeño en los cuadros de Eckert, además de la inclusión de la figura humana (cocheros, pescadores, mujeres, niños y ancianos) nos muestran el cromatismo, la belleza,

el espectáculo visual y la seducción del Caribe, cuya cara se parece a todos nosotros.

Para Alcántara, en cada reseña de esta última sección del libro, el arte (literario, pictórico o musical) es un pretexto para perfilar al sujeto caribeño contemporáneo, un ejercicio de libertad que nos ayuda a ensamblar nuestra identidad dispersa.

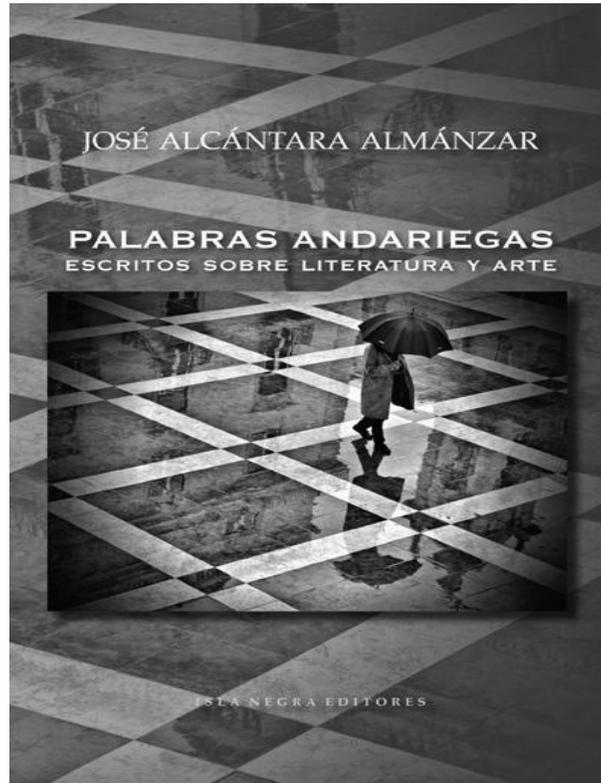
Alcántara Almánzar, José. *Palabras andariegas*. San Juan: Isla Negra, 2011

Bibliografía

Gracia, María. (2003). "El rol de la educación en la hegemonía del bloque popular". En línea. www.rebellion.org/otromundo/030410mgradia.htm Recuperado el 4 de noviembre de 2011

Thiebaut, Carlos. "La construcción del sujeto: entre la filosofía y la literatura". En: *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*. María Teresa López (comp.) México: Fondo de Cultura Económica, 1994

Mignolo, Walter. *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa, 2007



*Panel integrado por profesores del Departamento de Español de la UPR-Ponce, con motivo de la presentación del libro *Palabras andariegas: escritos sobre literatura y arte* de José Alcántara Almánzar, 10 de noviembre de 2011.